

HOY *

Cornelius Castoriadis

Palabras finales de “Hecho y por hacer”

Traducción: Conrado Tostado

Fuente: www.magma-net.com.ar/bibliografia.htm

Entonces, ¿nada cambió desde 1957? Sí, ¡y de qué modo! -y se convirtió en el centro de mis preocupaciones desde 1959-. Gracias a una multitud de factores que no tengo por qué volver a analizar aquí (y que en el fondo no *explican* nada), las actitudes, tanto de los trabajadores como de la población en general, han cambiado profundamente -al menos, es lo que manifiestan.

De las dos significaciones imaginarias nucleares cuya lucha ha definido al Occidente moderno: la expansión ilimitada de la pseudo-dominación pseudo-racional y el proyecto de autonomía, la primera parece haber triunfado en todos los campos, y la segunda ha sufrido un eclipse prolongado. La población se hunde en la *privatización* y cede el dominio público a las oligarquías burocráticas, administrativas y financieras. Emerge un nuevo tipo de individuo, definido por la avidez, la frustración, el *conformismo generalizado* (lo cual, en la esfera de la cultura, se llama pomposamente *posmodernismo*).

Todo esto se ha materializado en estructuras pesadas: la carrera loca y potencialmente letal de la tecno-ciencia autonomizada, el onanismo consumista, televisivo y publicitario, la atomiza-

* Podrá encontrar otros textos de Castoriadis en: www.omegalfa.es

ción de la sociedad, la rápida caducidad técnica y “moral” de todos los “productos”, “riquezas” que, creciendo sin cesar, se escapan entre los dedos. Al parecer, el capitalismo por fin logró fabricar al tipo de individuo que le “corresponde”: perpetuamente distraído, saltando de un “placer” a otro, sin memoria y sin proyecto, dispuesto a responder a todas las solicitudes de una maquinaria económica que destruye cada vez más la biosfera del planeta para producir ilusiones llamadas mercancías.

Me refiero, evidentemente, a las sociedades liberales y ricas (un séptimo de la población mundial). La imagen se complica, pero no se vuelve nada rosa, si se considera al Tercer Mundo (que hasta ahora sólo ha adoptado los peores productos de Occidente) o incluso a los países del Este (donde las admirables luchas por la libertad que se desarrollan actualmente no logran darse ningún objetivo nuevo -lo cual, por cierto, “se explica” históricamente, pero no cambia en nada el diagnóstico. Que Polonia o Hungría se vuelvan como Portugal es, desde luego, infinitamente preferible a la situación anterior, tanto para los polacos y los húngaros como para todo el mundo. Pero nadie me puede obligar a pensar que Portugal -o incluso Estados Unidos- representa la forma más acabada de la sociedad humana).

Esta situación, por cierto, se ve profundamente amenazada al menos por dos factores. El primero concierne a las consecuencias de la forma presente del capitalismo en la autorreproducción continua del sistema. A largo plazo, los individuos que fabrica la sociedad actual no podrán reproducirla; en otras palabras, cuando todo sea vendible, el capitalismo ya no podrá funcionar. El segundo factor tiene que ver con el límite ecológico que tarde o temprano encontrará el sistema. De hecho, la “riqueza” capitalista se compró con la destrucción, ya irrever-

sible -y que continúa a un ritmo acelerado-, de los recursos de la biosfera acumulados durante tres mil millones de años.

Esta antinomia interna y aquel límite externo no “garantizan”, de ningún modo, una solución “positiva”. Lo más probable es que, con las poblaciones occidentales tal y como son actualmente, una gran catástrofe ecológica conduzca a un nuevo tipo de fascismo antes que a cualquier otra cosa.

Así llegamos al nudo gordiano de la cuestión política de hoy en día. Sólo una actividad autónoma de la colectividad puede instaurar una sociedad autónoma. Y tal actividad presupone que los hombres adopten fuertemente *otra cosa* que la posibilidad de comprar una nueva televisión a colores. Más profundamente, presupone que la pasión por los asuntos comunes, por la democracia y la libertad, ocupe el lugar de la distracción, del cinismo, del conformismo, de la carrera al consumo. En una palabra, presupone, entre otras cosas, que lo “económico” deje de ser el valor dominante o exclusivo. Este es el “precio a pagar” por una transformación de la sociedad. Digámoslo más claramente aún: el precio a pagar por la libertad es la destrucción de lo económico como valor central, y de hecho, *único*.

¿Es un precio muy alto? Para mí, ciertamente no: prefiero infinitamente ganar un nuevo amigo que un nuevo coche. Preferencia subjetiva, sin duda. Pero ¿"objetivamente"? Cedo con mucho gusto a los filósofos políticos la tarea de “fundar” el (pseudo)consumo como valor supremo. Pero hay algo más importante. Si las cosas siguen su carrera presente, *de cualquier modo* tendrá que pagarse ese precio. ¿Quién cree que, con el ritmo actual, la destrucción de la Tierra pueda durar un siglo? ¿Quién no ve que se aceleraría aún más si los países pobres se industrializan? ¿Y qué hará el régimen cuando ya no pueda

sujetar a las poblaciones suministrándoles constantemente nuevas chácharas?

Si el resto de la humanidad debiera salir de su insostenible miseria y si la humanidad entera quiere sobrevivir sobre este planeta en un *steady and sustainable state*, tendrá que administrar los recursos del planeta como buen padre de familia, dominar radicalmente a la tecnología y a la producción, aceptar una *vida frugal*.

No he vuelto a hacer los cálculos, que de cualquier modo estarían plagados de inmensos márgenes de incertidumbre. Pero, para darnos una idea, podríamos decir que ya sería bastante si pudiéramos asegurar “indefinidamente” a todos los habitantes de la Tierra el “nivel de vida” de los países ricos en 1929. Lo cual puede ser impuesto por un régimen neofascista; pero también lo puede hacer libremente la colectividad humana, organizada democráticamente, invistiendo otras significaciones, aboliendo el monstruoso papel de la economía como fin y dándole su justo lugar, el de un simple *medio* de la vida humana. Independientemente de una multitud de otras consideraciones, bajo esta perspectiva y como un momento de esta inversión de valores, la igualdad de salarios y rentas me parece esencial.

Es cierto -lo vi y lo dije antes que muchos otros- que nada de esto, al parecer, corresponde con las aspiraciones de los hombres contemporáneos. Más aún, los pueblos son cómplices activos de la evolución en curso. ¿Lo serán indefinidamente? ¿Quién podría decirlo? Pero una cosa es cierta: no será corriendo tras “lo que se ve bien” o “lo que se dice”, emasculando lo que pensamos y queremos, como aumentaremos las oportunidades de la libertad. Lo que es no nos necesita, sino lo que podría y debería ser. ■



Palabras finales de "Hecho y por hacer", 1989.